
Jaime Moreno Villarreal

Rébora

~~~~~



*La muerte en el huerto*, 1992. Óleo, temple

Soy una línea que se tiende. Me gusta explicar esto sólo por alargarme un poco. Es como tumbarse en el piso a dibujar. Dejas que el cuerpo haga su cuenco. Piénsalo con las piernas recogidas en escuadra, la curva del tronco y el quiebre en el codo en que te apoyas. Nadie dijo que fuera cómodo. Está en la pura cadencia que vuelve por irrepetible. Es como no tener seguro lo que no pierdes. La manera de no detener la línea es dejar que se repita. Estoy hablando de la dicha entre las

líneas. La repetición que nunca es la misma es lo nuevo.

Yo he conocido otras líneas, y a menudo me las encuentro y armamos planos que no veas. Mira cómo vengo. De no ser por las otras líneas que me rompen, a dónde iría yo a romper la ola. Pero cómo vuelvo a surgir gracias a la intervención de una diagonal, de una perpendicular, de esos horizontes. Es roce y es violencia. Las líneas que me sangran son las que me refinan, no hay otra regla en el arte. Gracias a ellas no me



*Infante dibujando*, 1991. Óleo, temple

doy por terminada. Lo fundamental es que la resolución no tenga lugar. Eso es lo que llaman suspender una línea. Las líneas tenemos desde luego nuestra idea de la pintura. Siempre que me dejo tender me parece interrumpir mi movimiento. Nada tan feliz como el trazo, nada tan triste como verlo terminado. Quiero decir que yo me tiendo para contribuir a que todo penda. Comenzando por el cuadro que estará colgado de un clavo en la pared. Todas las líneas en el aire. Ese es el principio de la luz, te das cuenta. Pero también queda colgado el momento, como un ahorcado nada menos, el *momentum* que cruza el tiempo más allá de la imagen misma. Vendrá alguien que diga: esa línea, tan perfectamente reconocible, esa línea única que vemos por todas partes. Finalmente, lo que cuelga es pensamiento. Y el pensamiento pende. Ah, de esto me



*Entre espinas*, 1992. Óleo, temple



*Composición con caballo, 1991. Óleo, temple*



*Caballo herido saltando, 1992. Óleo, temple*

gusta hablar porque lo que define a una línea es que se piensa como tal. No existiría sin pensarse. Una línea que se tiende tiene, pues, idea de sí misma. Y yo me repito en la línea del pensamiento. Y cuando cuelgo con el todo de la pintura, es decir bastidor, tela, marco, colores cambiantes, nuestro cuadro se pone en suspenso. Y la manera de mirarlo es suspenderse en él. Eso es contemplar. Sólo que no se contempla si no existe una cierta caída, una tendencia pronunciada, casi una forma de reverencia hacia el trazo, el detalle, y un alterno retraerse, pendulación del cuerpo en el borde. Atracción hacia el cuadro que cuelga. A esto yo le llamo propender, inclinarse hacia lo que pende. Que es lo propio de una línea como yo.

Héme aquí. Puedo ser el lomo de un caballo que salta la valla, o la línea que hace hamaca lo que parecía volar



*El huerto*, 1992. Óleo, temple



*La enredadera*, 1992. Óleo, temple

en barca. Ondulo, encorvo, tuerzo, círculo, venzo, arqueo, combo, cabalgo. Pero no creas. Soy la línea sin sustento. Toda propensión implica un despeñadero, y una línea como yo debe quedar en vilo. Para bien o para mal, la seguridad sólo sirve para equivocarse. El único que está en permanente situación de desplome es el que vuela.

Releo lo anterior y pido perdón por si me he puesto un poco solemne, pero es que me da por tirar línea. Es como en la pesca. Tienes que dar línea al jalón del animal para sacarlo. La pintura para mí no es una puesta en punto de mi virtud. Es una lucha. Hacia adentro de la tela. Y si alguien quiere acercarse tiene que meterse. Propender ante la pintura es sobre todo contemplar con el pensamiento. Lo que quisiera decir acerca de mi suspenso es que a una línea como yo hay que verla venir desde atrás. Calarla tan profundamente que la propia idea de línea desaparezca. A quien busque en mí una línea debo decirle: busca el amarillo detrás del rojo, y busca el rojo detrás del amarillo. Qué quiero decir con esto. Soy una invención del color. Cuando hablan en mi presencia de estructuras, yo concedo. Las líneas fuimos a la escuela, salimos juntas guardando nuestras proporciones. Pero cuando el pintor bosqueja sobre la tela, no nos tiene, nos está apenas buscando. Mira la amalgama. La pintura es trama, tejido. La materia es un estanque de reflejos. Un pigmento de luz más que un color. Interior en lo interior. Pero no creas que la línea es lo último, y que triunfa la estructura al ver su confirmación en trazo. La línea sólo define una presencia tan insoportable como su ausencia. Insoportable, dije. Debí decir carente de soporte. Presencias en suspenso. Si viste cómo se mancha el aire con la luz del cuadro has entendido la línea que cae. Si el cuadro no irradia una presencia, no hay línea. Nada cuelga, nada se suspende. Qué soledad. Qué poco peso. Qué feliz cuando vengo abajo. Soy tan propensa a esto. Y a interrumpir lo que estaba diciendo. ◇